

LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

*A la memoria de mi desgraciado amigo
don Guillermo Baylina*

Trémulo son
vibra en el viento...
¿Es el acento
de la oración?
¿Es que suspira
la brisa pura
que se retira
por la espesura?

¿Es que cantan las aves a lo lejos
con voz sentida al apagado sol,
bañadas en los últimos reflejos
de su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas
de los genios del día y de la luz,
que van a desplegar sus ricas galas
a otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,
que trueca su mugido bramador
en un himno dulcísimo y doliente,
himno de paz, de religión, de amor?

No, que esa voz misteriosa
como el crepúsculo vaga,
cual la niebla vaporosa,
solitaria y melodiosa
como la voz de una maga.

Es más que el leve murmullo
del aura que se despide
y besa el tierno capullo
y un instante más le pide
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar
de los pájaros pintados
que contemplan admirados
nube rojiza empañar
del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora
que se escapa del torrente
y en himno tímido llora
el muerto sol de occidente,
y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada
que la confusa armonía
del ala tornasolada
del espíritu del día,
en los aires agitada.

Que es la voz de la campana,
voz de alegría y tristeza,
de alegría en la mañana,
triste en la noche cercana,
sepulcro de la belleza.

Voz que, dulce y apagada,
en la oscuridad solloza,
o que, rica y acerada,
corre los vientos alada
y entre misterios se goza;
que tal vez recuerda el alma
despertada por su son,
horas de plácida calma,
en que, solitaria palma,
florece el corazón.

Y entonces las oraciones
de la infancia bulliciosa
pasan en blancas visiones,
cual aéreas ilusiones,
por el alma pesarosa,
y las dulces confianzas
de solícita amistad,
las doradas esperanzas,
abandono y bienandanzas
de la venturosa edad,
y las pláticas de amor
entre flores y verdura,
que cantaba el ruiseñor
y embellecía el pudor
de conturbada hermosura.

Todo en los ecos se mece
del misterioso metal,
pero confuso aparece
y sin contornos se ofrece
como vapor matinal.

Que son harto delicados
aquellos suaves placeres
en que yacen apiñados
ensueños idolatrados
con semblante de mujeres,

porque en otro pensamiento
se miran sobrenadar,
y siguen su movimiento,
cual marchan al son del viento
las escuadras por el mar.

Pensamiento, sí, infinito,
que vaga por el espacio,
pensamiento de proscripto,
en las cabañas escrito
y en la frente del palacio.

Las músicas de la vida,
el silencio del no ser,
y la amarga despedida,
y la queja dolorida
de las hojas al caer;

la idea consoladora
de otro mundo de virtud,
y la madre que nos llora
y que, aun muertos, nos adora
contemplando el ataúd,

la imagen de la doncella
que su fe nos dio al pasar,
y que tal vez nuestra huella
busca en moribunda estrella
con distraído pensar;

y el ánima desatada
que va a llamar congojosa
a la puerta nacarada
de la mansión perfumada,
donde el querubín reposa;

y dios y la majestad,
y el son de las arpas de oro
en la mística ciudad,
y aquel inefable coro
por toda una eternidad,

ideas son que oscurecen
las memorias infantiles,
y ante quienes desaparecen
y en humo se desvanecen
los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,
desde allí enseñoorea al huracán,
soberana de un mundo solitario
de grave y melancólico ademán.

¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?
¿Por qué al oscurecer tanto pesar?
¿Por qué en tus ecos, lánguida campana,
haces así mi corazón rodar?

¡Ay!, cantas la esperanza en la alborada,
la fe sencilla del primer amor,
y en la noche las sombras de la nada,
desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa
por do se sube a espléndida región;
tal vez eres la senda temblorosa
que guía al ignorado panteón.

Paréceme en las noches más oscuras
oír entre tus ecos de metal
unas palabras tímidas y puras,
perdidas en tu acento funeral.

Palabras de abandono y confianza,
blando perfume de inocencia y paz,
ideas de fantástica esperanza,
memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,
del malogrado amigo que perdí,
que repartía su placer conmigo,
y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazón de niño,
como el alba las hojas de la flor,
y suavizó con maternal cariño
mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada
cuando vas a cantar la última luz,
y, cruzando la bóveda estrellada,
mezcla a tu son el son de su laúd?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio
de entrambos mundos eternal confín,
más alto que la cresta del palacio
y postrer escalón del serafín?

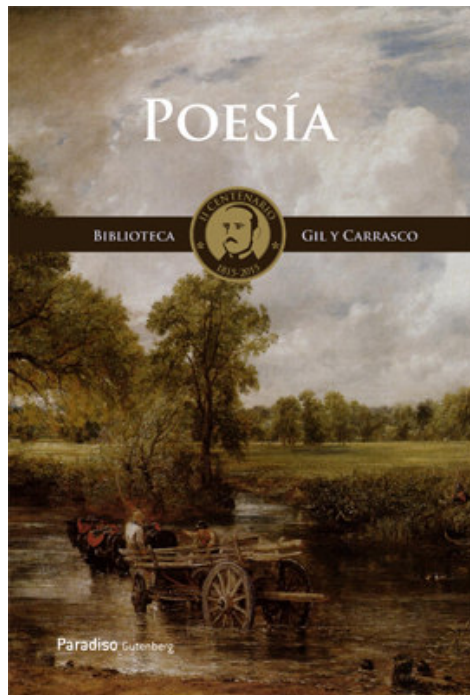
Tú eres, campana, el punto misterioso,
sobre la tierra levantado estás,
y tú sin duda al celestial reposo
del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,
pues que en ella le escucha mi pasión.
Si es ilusión, campana bienhechora,
¡ay!, déjame morir en mi ilusión.

Porque es triste perder al ser que amamos
y los sueños con él perder también...,
¿para qué averiguar si deliramos?
¿Para qué razonar si obramos bien?
¡Ay!, es tan dulce al alma abandonarse
y mecerse en memorias de placer,
y luego melancólica lanzarse
a buscar la esperanza en el no ser.

Que dios sin duda te colgó en el viento,
como flor del perdido corazón,
cual llama que el helado pensamiento
convierte en un aroma de oración.

Tú que me traes al rayar el día
vagos recuerdos de la bella edad,
y por la noche pálida y umbría
me muestras la confusa eternidad;
tú que entre sombras y tiniebla vana
evocas una forma celestial...,
¡bendita seas, lúgubre campana!
¡Bendito, sí, tu acento funeral!



Información: mail@paradiso-gutenberg.com

Ebook *Poesía*: <http://ebooksbierzo.com/>

Todo sobre el II Centenario de Enrique Gil en:

<http://www.bibliotecagilycarrasco.com/>